

JOSÉ MARTÍ Y EUGENIO MARÍA DE HOSTOS

Abrazo ético y humanista por el equilibrio del mundo

DANAE AYÚS REYES

JUSTO CUANDO nos aprestamos en este primer mes del año a celebrar el aniversario 160 del natalicio de José Martí, el más universal de los cubanos, y previo a la concreción de una importante convocatoria como es la III Conferencia Internacional por el equilibrio del mundo, ese pensamiento del Apóstol, hoy más vigente que nunca, nos lleva a recorrer el continente para encontrar a otro gran pensador, nacido también en enero de 1839, 14 años antes que nuestro Héroe Nacional.

De ese gran amigo de Cuba, en el periódico El Federalista, el 5 de diciembre de 1876, Martí escribió: “es una hermosa inteligencia puertorriqueña cuya enérgica palabra vibró rayos contra los abusos del coloniaje, en las cortes españolas, y cuya dicción sólida y profunda anima hoy las columnas de los periódicos de Cuba Libre y Sur América que se publican en Nueva York... Ahora publica el orador de Puerto Rico, que ha hecho en los Estados Unidos causa común con los independientes cubanos, un catecismo de democracia, que a los de Cuba y su isla propia dedica...”.

A los dos los abraza un orgánico pensamiento de esencias éticas. A ambos los encuentra su credo por la especie humana hasta llegar a pensarla y sentirla como Patria, porque Martí y Hostos parten de la misma simiente: la dignidad.

Del patriotismo, Hostos considera que “pasa de sentimiento a deber, cuando el patriota tiene tan exacta idea de su dignidad personal y de la dignidad colectiva de la sociedad nacional, que llega a refundir todos los afectos, deseos, ideas derechos y deberes afijos a la noción de Patria. Sin dignidad no hay patriotismo, sin individuos profundamente dignos, no hay patriotas”, sentenció.

Y Martí, en plena consonancia con el boricua, nos legó que: Para la Patria nos levantamos. Es un crimen levantarse sobre ella... El vanidoso mira a su nombre; y el hombre honrado a la Patria... La Patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se le sirve, pero no se la toma para servirse de ella...La felicidad tiene garantía sólida en el concepto de independencia y dignidad humana.

Patria es Humanidad, dijo Martí. En tanto Hostos, vio en la Confederación Antillana esa Patria, con base en Cuba, Puerto Rico y República Dominicana, que luego, como el Apóstol cubano, alargó hasta toda la América, a la que quería llamar Colombia.

De la misma manera que Martí vio en las Antillas libres la posibilidad del equilibrio del mundo, esa premisa fue la que alimentó la Confederación hostosiana en la propia región.

Los dos vieron en la educación una potente arma de los pueblos. “La educación empieza con la vida, y no acaba sino con la muerte”. “Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para la vida”. “Ser culto es el único modo de ser libres”, son frases martianas con total empatía a la hostosiana: “América

debe salvarse por la educación, pues es su único camino para llegar al progreso y a la unidad por la que tanto lucharon los libertadores y han anhelado los grandes pensadores y políticos para alcanzar la integración latinoamericana”.

Un día antes de caer en combate, Martí advirtió en la carta inconclusa a su amigo Manuel Mercado, que España se entendería con Estados Unidos y por eso le dice: “ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.

Hostos, que le sobrevivió y pudo comprobar en vida la sentencia martiana, expresó en julio de 1898 a The New York Commercial: “Si mi país se somete al yugo americano, le diré adiós para siempre. La libertad de Puerto Rico y de otros países de habla española ha sido el ideal de mi vida; y, si mis patriotas cambiaran un yugo por otro, dedicaré mis energías a la misma causa republicana pero me quedaré siendo el expatriado que he sido durante treinta años”.

Por esta razón aún después de su muerte, el 11 de agosto de 1903, Eugenio María de Hostos sigue siendo un expatriado. A petición suya, sus restos yacen en la República Dominicana, país que lo acogió durante años y donde hizo grandes aportaciones como educador y sociólogo. Se dice que allí descansará hasta el día en que Puerto Rico sea un país libre.

Antes, en su novela, **La Peregrinación de Bayoán**, había dicho: “Entretanto que yo sueño con la fraternidad de los pueblos de la América española, pregunto por mi Patria y no la encuentro, porque no es Patria el lugar donde nacemos, si nos quitan el derecho de servirla, si entregan su felicidad a los que la desdeñan, si niegan la posesión de lo que es nuestro”.

Intellectual, educador, filósofo, sociólogo, escritor, periodista, estratega y dirigente político independentista, Eugenio María de Hostos dedicó su vida a sembrar la semilla de la libertad de las Antillas y Latinoamérica.

El General Máximo Gómez tras la muerte del insigne boricua expresó: “Hostos ha muerto llevando en su corazón la pena profunda por la suerte que le cupo a su Puerto Rico en la última batalla librada en América por la libertad e independencia de dos pueblos. No olvidemos nunca los dominicanos la memoria de nuestro mejor amigo, Eugenio María de Hostos”.

Hoy, cuando ese Puerto Rico cambió de yugo para seguir siendo una colonia, cuando la enajenación imperial promueve armas nucleares, gastando millones de millones de dólares en armamento, mientras el planeta se consume bajo el cambio climático, cuando es más necesario que nunca el equilibrio del planeta, este abrazo ético y humano de Martí y Hostos, nos sigue convocando.

El Médico del Moncada

VENTURA DE JESÚS

EN SU histórico alegato de autodefensa el 16 de octubre de 1953, Fidel se refirió con demoleadora sencillez al médico mártir del Moncada, a quien los sicarios batistianos segaron la vida el día en que cumplía 41 años de edad.

“El primer prisionero asesinado fue nuestro médico Mario Muñoz que no llevaba armas ni uniformes y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción, tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del hospital civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre”.

Cuentan que en horas de la madrugada, a escaso tiempo del asalto, el revolucionario vio al líder del movimiento 26 de Julio y se fundió con él en un abrazo. El doctor Muñoz dijo a Fidel: “¡Qué fecha has escogido! Hoy cumplo 41 años, y los pongo en tus manos...”.

INFUNDÍA RESPETO Y ADMIRACIÓN

El doctor Mario Muñoz Monroy se hizo querer de todos los que le conocieron, especialmente en su pueblo natal, Colón. En el municipio matancero se erigió, al servicio del pueblo, el primer hospital construido completamente por la Revolución a raíz del triunfo y que lleva su glorioso nombre.

Aquí se puede fácilmente seguir los trazos indelebles de su vida, a quien todos llamaron El Médico del Moncada, y que por orden explícita de Fidel no participó como combatiente en los sucesos del 26 de Julio de 1953.

Gente como él infunden respeto y admiración, destaca Carlos Manuel González Quintana, historiador de la ciudad. “Llama la atención la madera de líder que tenía y su sentido de la honestidad, atributos que se hicieron visibles desde temprana edad y que alguna vez destacó Heriberta Martínez, quien fuera su maestra en la escuela primaria”.

Para Carlos Manuel González también es reveladora la personalidad multifacética de Mario. “Dominaba varias ramas de la ciencia y la técnica. Era aficionado a todo lo que significaba progreso para la sociedad humana. En sus ratos libres practicaba el pilotaje de aviones pequeños, era un ferviente radioaficionado, le gustaba la fotografía y la filmación de películas. Durante su juventud jugó baloncesto, luego practicaría pelota, natación y pesca”.

Su sobrino Roberto Muñoz, quien contaba once meses de nacido cuando los sucesos del Moncada, cuenta que la muerte de su tío marcó a toda la familia. “Para mis abuelos Marcialiano y Catalina fue un golpe demoleador. Yo lo recuerdo con la alegría entrañable con la cual siempre hablaba mi padre, y agradecido por el ejemplo que nos dejó. Era un hombre que rechazaba la injusticia, contrario a todo lo mal hecho y exigente consigo mismo”.

TEMPRANAS INQUIETUDES REVOLUCIONARIAS

Nada condensa mejor la vida de este revolucionario que los relatos de los in-



vestigadores Míriam Hernández y Eduardo Marrero, quienes lograron recoger los pasajes más significativos de su vida y acción a través de una búsqueda en diversas fuentes y que aparecen en el libro **El Médico del Moncada**, editado por Ediciones Verde Olivo en el 2000.

Significan que, entre otros méritos, Mario Muñoz estaba señalado por su buen corazón, su exquisita sensibilidad como profesional de la medicina y su amor por la familia, en especial por sus dos hijas.

“Resulta difícil desligar su vida íntima y familiar de la profesional y revolucionaria. Ellas se complementan, nos ofrecen al ser real, sin mistificaciones, y brindan el carácter y las razones de su actuación.

“Creció recibiendo y dando afecto. Amó entrañablemente a su madre. Igual sentimiento lo unió al padre, a quien ayudaba en el estudio fotográfico casi a diario a pesar de sus múltiples responsabilidades.

“La estricta educación familiar y su aplicación forjaron un carácter incorruptible y rebelde ante cualquier injusticia o violación de los principios morales dentro de los cuales se formó, pero su carácter serio y a veces intempestivo, se adecuaba con naturalidad y cubanía a las más disímiles situaciones”.

RECUERDO INDESTRUCTIBLE

La casa donde vivió sus últimos años y desde donde partió hacia Santiago de Cuba, conocida como la Casa de los Mártires del Moncada es un sitio que hace indestructible el recuerdo de Mario. Según Alfredo Ramos García, director de la institución cultural, allí se exhiben en tres salas colecciones de piezas que abarcan la vida y obra de Muñoz Monroy y otros matanceros mártires de la gesta.

El inmueble inspira sentimientos nobles y fascina sobre todo a los más pequeños que acuden frecuentemente a la casa para conocer algo más sobre el Médico del Moncada, uno de los hijos más queridos de Colón y de Cuba.